

en que publico mi primera novela *En cualquier lugar, no importa cuándo*. Prensa, radio, adaptaciones teatrales, autora teatral, actriz, novelista, guionista de televisión, con tres series *Juan y Manuela*, *Anillos de oro* y *Segunda enseñanza*. Medio, este último, que supone su "boom" de aceptación popular. Ana Diosdado entra en los hogares españoles, gusta, y, además cae bien, a jóvenes y mayores. "No soy yo, son los personajes". Personajes con los que se la identifica, tal vez por su naturalidad ante la cámara. "Esta chica es que tiene que ser así en realidad", se oye.

"Nunca me he sentido importante"

Le cuesta mucho a Ana Diosdado, generalmente, aceptar todo el tinglado que se monta a raíz de un estreno: entrevistas, reportajes, etc. "A mí que me han reprochado mucho el que fuera poco sociable, sí creo que cuando estás haciendo algo tienes esa mínima obligación de atender a esa serie de cosas. Entre otros motivos, porque se interpreta mal que no lo hagas, parece que es que eres imbécil, y no quieres hablar de nada. Así que hago un esfuerzo". Dice ser tenaz y cabezota, gustarle la Astrología, no ser una persona segura de sí misma, pese a las apariencias. "Yo he conocido muy pocas personas seguras de sí mismas, y los pocos que he conocido son tontos, están contentísimos de haberse conocido". Niega también, una vez más en contradicción con las apariencias, ser relajada. "Soy muy nerviosa, pero los nervios me van por dentro, no los exteriorizo, y a veces me gustaría. Tengo capacidad de autodominio, pero no es voluntaria; es el piloto automático". Le preocupa la coherencia personal, y funciona en ella de modo instintivo, "lo que no hago es autojustificarme". Afirma no llegarle la popularidad, "parece un chiste, pero es verdad: soy muy despistada y además veo muy mal, con lo cual no me entero, por ejemplo, si me miran por la calle. De todos modos, me gustaría tener más privacidad, pero eso es por mi carácter; a mucha gente le gusta, y es lógico". Le duele la falta de lealtad, la insinceridad, la injusticia. Y sonríe al preguntarle si alguna vez se ha considerado importante. "Somos un pequeño país, pobre y feroz. Entonces, es muy difícil ser importante. La gente importante suele serlo por un ratito, o ya muy mayor, cuando tienes detrás un trabajo respetado y te toca descansar. Mientras, nadie es importante. Hay que estar siempre examinándote y demostrando que lo que haces, lo haces medianamente bien. Es muy duro de vivir, pero no está mal, te mantiene siempre en marcha".

Alguien le dijo que tenía alma de camionero. "Soy muy luchadora". Y además es enormemente sencilla, firme, pero suave, y buena conocedora de las cosas que son realmente importantes. Es algo así como la importancia de llamarse Ana Diosdado. Pero ella no quiere creérselo. ■

La compañía Nuevo Teatro de Pepe Martín presentó en el Real Coliseo de El Escorial la última obra de José María Rodríguez Méndez "La marca del fuego", un texto que, bajo la dirección de Alberto González Vergel, ha sido reelaborado dramáticamente antes de ser estrenado en Alicante a finales de octubre, delante de un público en el que figuraban directores e internos de cuatro centros de rehabilitación de drogadictos.

Droga dura

C

onflicto

sin

esperanza



Pepe Martín, Sara Mora y Toni Fuentes en una escena de "La marca del fuego".

B. B.

No ha tenido que ir muy lejos José María Rodríguez Méndez para buscar un nuevo argumento en su quehacer de autor. Con más de una veintena de obras escritas —algunas inéditas y otras de indudable memoria como *Vagones de madera* y *Flor de otoño*—, Rodríguez Méndez ha insistido en esta ocasión en las cunetas de la marginalidad para reflejar lo que teatralmente puede dar de sí el mundo de la droga. A estas alturas, la materia elegida no es precisamente novedosa en los escenarios. Recordamos, sin hacer excesivo es-

fuerzo, un *Caballito del diablo*, de Fermín Cabal, y *Marea blanca*, creación colectiva del Teatro Estudio de Gijón. Con todo, a pesar de esos precedentes y otros que puedan rastrearse en la actividad escénica, el autor de *Sangre de toro* no se ha podido resistir a embarcarse en la conflictividad de un fenómeno que personalmente le interesa y le preocupa.

En esta ocasión no ha sido el texto lo que ha subido exclusivamente a un escenario. Por primera vez, como reconoce Rodríguez Méndez con indudable satisfacción por el rendimiento conseguido, autor y director han reelaborado dramáticamente el libro original. Ha sido un trabajo llevado a cabo al tiempo que se ensayaba la obra, "un trabajo en

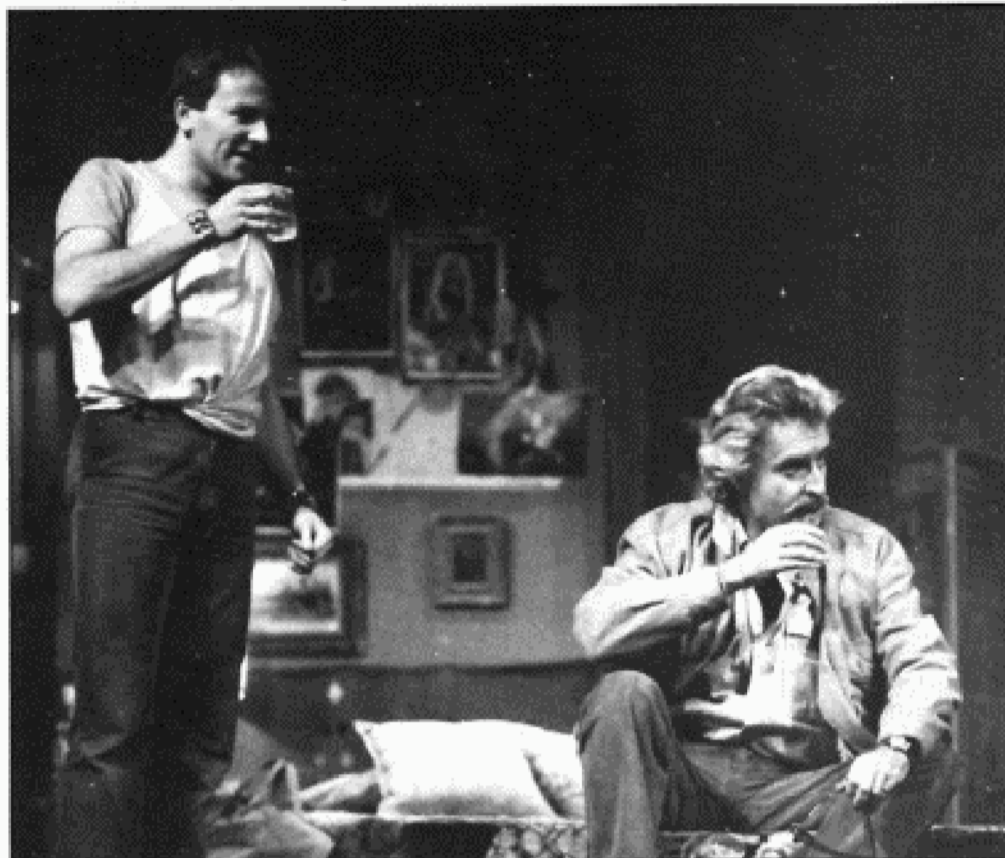
equipo que a mí mismo —y a muchos otros— nos parecía imposible". Hasta tal punto se ha dado la compenetración entre autor y director (Alberto González Vergel) que Rodríguez Méndez asegura: "Así debe hacerse el teatro, efectivamente. Pero siempre que existan deseos de crear y honradez por ambas partes, dramaturgo y director, lo cual no es precisamente fácil".

■ Estreno para rehabilitados

El estreno de *La marca del fuego* tuvo lugar en Alicante, con la llegada del otoño, y un público entre el que figuraban directores e internos de los cuatro centros alicantinos que se dedican a la

rehabilitación de drogadictos. Antes de llegar al Real Coliseo de El Escorial, el espectáculo estuvo en Palma de Mallorca, Valencia y Reus. Para González Vergel constituye "un alegato contra la droga, positivo, aleccionador y moralizante. El trabajo aborda una temática universal y profunda, el dominio del hombre por el hombre, en esta ocasión a través del poder que ejerce el "camello" sobre el drogadicto".

Rodríguez Méndez considera que su obra trata de reflejar la degeneración de nuestra sociedad. Para ello mantiene el estilo que le caracteriza desde siempre, el del realismo crítico, sin concesiones en este caso para el humor o el lirismo, sino de un modo crudo y cruel: "Mi ambición —dice— ha sobrepasado esta vez los límites, pues se trataba de expresar al herido ser humano en su vertiente juvenil —casi todas mis obras tratan de la juventud—, en el terrible mundo que nos ha tocado vivir,



Rodríguez Méndez describe un drama de hoy.



Lenguaje realista sin asomos para el humor.

en la espantosa "civilización" que nos ha deparado los grandes poderes temporales. En muchas ciudades del mundo existen hoy infiernos como los que se describen en este drama".

El marco del "infierno" que *La marca del fuego* presenta al espectador no es otro que una buhardilla de Lavapiés, con sus vigas de madera carcomida, viejos baúles y puertas desvencijadas. Aquí trata de rehabilitar su vida una pareja. Esta pareja tiene una niña de meses que de vez en cuando corta con su comparecencia sonora las discusiones de sus padres. El padre acaba de salir de la cárcel. Su intento de rehabilitación no cuadra precisamente con la paliza que acaba de dar a una vieja que se resistía a



La droga es sólo un elemento de la degradación.

soltar su bolso. Tampoco con su adicción a la cocaína. El caso es que su compañera, a pesar de las privaciones económicas que ocasionan a ambos sus respectivas adicciones "ma non troppo", luce en escena un vestuario casi de alta comedia. No en vano la actriz encargada del personaje, Sara Mora, tiene hechura física suficiente para semivestirse, eso sí, con no disimulada timidez escénica. En éstas, mientras la atípica pareja anda en las suyas, esto es entre la coca y el chute atemperado, suena el teléfono, al que los protagonistas hacen caso omiso pese al "timbre de intriga" que promueve el aparato. La verdad es que con tan sólo cuatro personajes en la acción, cabe imaginarse que quien puede aparecer de un momento a otro no puede ser otro que El Equis (Pepe Martín), con sus "provisiones" de "camello" ruin y explotador. No tarda en producirse su comparecencia. El primer acto llega a su fin con la pareja dispuesta a requisar la "munición" posible del visitante.

Las palabras del autor a modo de autocrítica reflejan a las claras sus propósitos al diseñar en escena este tipo de personajes: "Son seres humanos que se enfrentan a los imperativos del mal, auspiciado por una sociedad proclive y entregada satánicamente a la destrucción. La droga es sólo un elemento entre muchos. Lo peor es la degradación no ya moral, sino física, humana; la degradación de la especie, tal vez. Contra esa degradación es imposible acudir a principios morales inmediatos, a ordenamientos jurídicos, a usos y costumbres". Al parecer, para conseguir el lenguaje que se maneja en el espectáculo, el autor ha investigado en el léxico barriobajero y en la jerga de los expresidarios. La obra discurre hacia la degradación. Es lo que Rodríguez Méndez define como proceso conducente a *La marca del fuego*, el momento en que "las raíces más hondas del individuo quedan abrasadas". La personificación satánica, centrada en el ciudadano Equis, y su acción corrosiva comienza a plantearse de inmediato en el inicio del segundo acto. El Equis ha avanzado presurosa y procelosamente en sus afanes de explotación de la pareja. Vendida la niña, convertido el padre en masajista y siervo de escoba, Pepa, la mujer, no puede tener a la postre mejores expectativas, pese a la inútil presencia en el transcurso de la pieza de un cuarto personaje, una asistente social (Carmen Lozano). Porque resulta que la supuesta no es otra que una asistente de trata de blancas camuflada y compinchada con El Equis. Los dos logran que Pepa termine sus días en Túnez, dedicada al oficio más viejo del mundo.

Al final sabemos que lo que pretendía Equis desde el principio era librarse de la familia de Jimmy (Toni Fuentes) porque estaba secretamente enamorado de él. Pero no hay salvación posible. Droga, soledad y tedio acaban con los protagonistas de esta acción con la que Rodríguez Méndez ha querido acercarse a un conflicto sin esperanza. ■